

## “¿Será que los análisis tienen esquinas? Un diálogo”

**Teresa Carbo**

Centro de Investigaciones y Estudios Superiores  
en Antropología Social (CIESAS)  
SEP-Conacyt, Unidad DF  
Juárez 87  
Centro de Tlalpan, C.P. 14000  
México, D.F.  
tcarbo@cieras.edu.mx

**Robert Hodge**

Centre for Cultural Research  
University of Western Sydney  
Corner of James Ruse Drive and Victoria Road  
NSW 1797, Australia  
b.hodge@uws.edu.au

Fecha de recepción del artículo: 11 de abril de 2008  
Fecha de aceptación de versión revisada: 13 de mayo de 2008

### Resumen

---

*Este artículo, desarrollado como diálogo, presenta perspectivas complementarias sobre corpus y análisis en los estudios de discurso. Indaga la relación entre la formación del corpus y el análisis de materiales verbales con las prácticas que emanan de otras áreas de investigación. Compara los presupuestos lineales sobre corpus y método, normalmente basados en la autoridad de ‘lo científico’, con otros modelos de ciencia no lineal. También enfrenta (sin resolverlo en la práctica o en la teoría) el dilema de cómo combinar, en la construcción y análisis de un corpus, las virtudes de la linealidad: la aplicación rigurosa y sistemática de criterios explícitos y claros, en derivación directa de una teoría explícita también, con las bondades, igualmente importantes, de la investigación no lineal: el uso de las intuiciones, el respeto a la irreductible complejidad de los objetos particulares, el análisis minucioso de ejemplos aparentemente aberrantes, y las interpre-*

*taciones complejas de los cruces de fuerzas provenientes del lenguaje, la sociedad y la historia, manifestadas en los hechos discursivos.*

---

**Palabras clave:** corpus, no linealidad, diálogo, Semiótica Social, método.

### **Abstract**

---

*This article, in the form of a dialogue, offers complementary perspectives on corpus and analysis in studies of discourse. It raises the issue of the relationship of corpus construction and analysis of language materials to practices in other areas of investigation. It contrasts linear assumptions about corpus and method, commonly represented as based in the authority of science, with non-linear models also from science. It then confronts, without resolving it in theory or practice, the dilemma of how to combine the virtues of linearity - rigorous and systematic application of clear, explicit criteria, derived directly from explicit theory, in constructing and analysing a corpus - with the equally important virtues of non-linear investigation – use of intuitions, respect for the irreducible complexity of individual objects of study, minute analysis of apparently aberrant examples, complex interpretations of the intersections of forces from language, society and history in discursive facts.*

---

**Keywords:** corpus construction, non-linearity, dialogue, Social Semiotics, method.

## Apertura

### 1. TERESA CARBÓ (TC)

La pregunta que da título a estas páginas y que inicia este diálogo me vino a la mente un día al observar el diseño arquitectónico vernáculo de un pequeño centro comercial en uno de los numerosos pueblos que han quedado incorporados al tejido metropolitano de la Ciudad de México.

Tratábase de un terreno de regular tamaño, y forma trapezoidal, pues se volvía más angosto hacia el fondo. Sobre él se habían construido pequeños locales comerciales en cada costado, con un espacio relativamente amplio en el centro. Esa área de acceso y circulación iba haciéndose más estrecha a medida que los locales (de iguales dimensiones, me pareció) se sucedían unos a otros hacia el centro de la manzana. Al final del terreno, la construcción culminaba en una apretada esquina, un ángulo agudo, en el que a duras penas cabía una puerta muy estrecha que, a simple vista, sólo podía abrir sobre un cuarto de mínimo tamaño, inimaginable casi. (La puerta estaba cerrada.)

Sorprendida al principio, pronto entendí que ese diseño obedecía a un afán de economía espacial; a la idea de que así se aprovechaba el terreno al máximo. La solución óptima, por supuesto, no era ésa. Podía haber sido curva o recta, pero sí necesitaba establecer para el desarrollo lateral de los locales un final bastante antes del término geométrico de la superficie del terreno. Eso hubiera permitido instalar al menos otros dos locales en esa sección y, además, hubiera dado al conjunto un aspecto mucho más grato que esa extrañísima esquina recóndita, que producía un efecto de lo más inquietante.

En asuntos de investigación, de análisis sobre *corpora*, el dilema entre ahorro y gasto es siempre de importancia. ¿Cómo hacer para que los materiales rindan ampliamente sin ser excesivamente amplios? Y el análisis de un *corpus*, ¿cómo establece su profundidad máxima sin caer en un inesperado ángulo agudo, que equivale casi a un abismo? ¿Cómo construye una investigación su espacio de trabajo, su esfera de incumbencia y el campo de sus responsabilidades descriptivas e interpretativas?

El improvisado centro comercial ilustraba, de enternecedora y evidente manera, que el aprovechamiento máximo de algo no coincide (¿no necesariamente o casi nunca?) con una extensión “avara” (literal, puedo también llamarla) de las posibilidades materiales. Desde luego, no en una disposición lineal. La inves-

tigación, por extraño que parezca, puede ser concebida en términos parecidos, o análogos, a los asuntos que presentaba esa construcción sin arquitecto.

¿Qué piensas de esto? ¿Es posible interrogar el campo abstracto del análisis por medio de una figura como la antes evocada?

## 2. BOB HODGE (BH)

¿Que qué pienso de este comienzo? Que me parece excelente que empieces con un acertijo envuelto en una imagen, asentada a su vez sobre la materia social existente, todo lo cual debemos lograr conectar con reflexiones que los lectores puedan percibir como claras e interesantes a pesar de su abstracción, tal este asunto de formar un *corpus* (al que se dedica este número de *ELA*, la revista que es nuestra anfitriona). Y confío en que lo lograremos.

Me preguntaba también si lo que has presentado es una analogía o una metáfora, o si es un objeto real en México, incluido en este caso en una discusión de otro tipo de asuntos. Para explicarme, acudiré a Jakobson, usualmente llamado un lingüista, pero en la práctica, como sé que estás de acuerdo, un maestro en los misterios del pensamiento. Él es un “lingüista” sólo si la lingüística incorpora como tema de su central interés cuanto concierne al pensamiento, tal como éste se codifica en todo tipo de lenguaje, que a su vez está siempre inserto en contextos sociales que sirven a algún propósito. Jakobson hizo una distinción entre metáfora y metonimia, a propósito de los dos planos fundamentales del lenguaje y el pensamiento: selección y combinación. Gracias a eso, habremos de coincidir en que el rango de lo que se incluye en un *corpus* ‘lingüístico’ no es obvio, como no lo es tampoco qué cosa es el lenguaje. Temo que nuestras reflexiones deberán llevar a bordo mucho más de lo que hubiéramos podido anticipar.

Me sorprendió que en esta discusión pareces estar subrayando el análisis más que el *corpus*, aunque con seguridad insistirás en lo inseparable de ambos, de modo que tomaré tu turno como un *corpus* y veré cómo puedo analizarlo.

En primer lugar, destaco la cantidad de ideas que te fueron sugeridas por ese único objeto, que entendiste metonímicamente, inserto en una situación social, que pudiste leer también. Sentí que estabas en vías de formar un *corpus* de objetos cons-truidos en un espacio habitacional también edificado, y no en una analogía acerca de cómo establecerías un *corpus* lingüístico. De modo que ésta sería una instancia de cómo piensas en forma metonímica; pensamiento acerca del espacio urbano que establece un marco semiótico para hablar también sobre el lenguaje verbal.

Y presentas entonces esa extraña estructura que no tendría que figurar en el inventario. Sin embargo, allí está, por supuesto, y sin ella el inventario carecería de interés. Comparo esta instancia de construcción de un *corpus* con la práctica mucho más frecuente de la lingüística como un ejercicio lineal y positivista. Incluyo allí también la gramática generativo-transformacional, a pesar de la famosa polémica de Chomsky contra el conductismo. Las reglas que esa lingüística se esmera en descubrir son normas, no excepciones, aunque esas normas serán probadas contra excepciones aparentes. Los datos que se usan (y en este aspecto, Chomsky no es una excepción) están trabajados y normalizados.

En muchas ocasiones has criticado esa práctica, en favor de los datos no normalizados. Aquí demuestras, justamente, cuán revelador para el analista es ese principio: incluyes en un *corpus* que pudiera haber sido descrito en una geometría rectilínea esa particular aberración. Al hacerlo, es posible advertir que su significado conjuga, hasta cierto punto, todo el *corpus*, y genera un esquema explicativo que, en última instancia, da cabida a los significados sociales de los demás elementos presentes en un cierto tipo de espacio social. Un *corpus* “desinfectado” de este ejemplo sería inerte.

¿Por qué incluir la tal esquina? Dices claramente que fue por una sensación, “lo inquietante” y, lejos de hacer algo para exorcizar esa vivencia, te quedas con ella y la sigues hacia los profundos deseos sociales que le subyacen metonímicamente. Hay varios artículos en este volumen que destacan el valor que tiene para el investigador el prestar atención a esos sentimientos (cf. Lema), inclusive a sueños (cf. Coronado), algo escandaloso para la lingüística positivista, con su rúbrica de “objetividad”. Sin embargo, como tu ejemplo muestra, una práctica así es más auténticamente objetiva que la normalización en una construcción convencional del *corpus*. Esta última elimina, pierde, la inagotable riqueza de la materialidad de los objetos, que pueden ser piezas de arte o actos de lenguaje<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Asimismo, pueden ser objetos de la vida cotidiana, industrialmente producidos a muy bajo precio para consumo masivo. Aludo al análisis de Hodge y Louie (1998: 4-7) sobre una taza de café (“tarro”) que porta la ilustración de un dragón. El método de análisis semiótico desarrollado en Hodge y Kress (1988) se ha mostrado revelador también con obras de literatura, o ante la estructura organizativa de algunos departamentos universitarios, o para el análisis de la poesía de John Donne, entre muchos otros productos significantes (cf. Hodge, 1990). También con textos aparentemente tan banales y sencillos como las tarjetas familiares de cortesía en las que se anuncia el nacimiento de una criatura (Hodge, 1983).

o formas arquitectónicas que portan, también ellas, complejos significados sociales.

Estoy consciente de que no he tratado varias de las cuestiones específicas que planteaste, ni he incluido los muchos otros pensamientos que esa imagen (ejemplo) me suscita. Pero terminaré mi turno aquí, pues un *corpus* no es el único objeto que puede crecer rápidamente más allá de límites.

### Desarrollo (o escaramuzas)

#### 3. (TC)

Ciertamente considero que el asunto del *corpus* se teje inseparablemente con el tema del análisis. Más aún: estoy convencida de que la construcción del *corpus* es en sí una fase inicial del análisis, al tiempo que es también un efecto del análisis; al menos, de los primeros acercamientos del investigador a su material empírico. Esa intimidad profunda, esa cercanía entre ambos polos de la relación (lo que he llamado una “extraña/da intimidad”, 2002), sólo puede acontecer, según mi experiencia y la de otros colegas y estudiantes, por medio de pacientes lecturas y relecturas y más relecturas, y todavía más relecturas, de la totalidad del material disponible (cf. Huffschmid).

Sin embargo, eso ya está escrito y publicado; en este turno me interesa retomar algunas ideas de tu intervención anterior. En primer lugar, el que hayas introducido a Jakobson. De él aprendí el amor a la sintaxis como trama estructurante básica sobre la cual ocurren virtualmente todos los efectos de significación (cf. Fonte, Salgado, Villavicencio) excepto los suprasegmentales, que actúan muchas veces en un finísimo contrapunto al diseño gramatical, compositivo, de la frase. La sintaxis, dice Jakobson en algún lugar, es un sistema semiótico que trasciende las fronteras del lenguaje. Sin duda, rebasa los límites de una noción estrecha del lenguaje, que no es la de él, ni la de Émile Benveniste, otro de mis maestros en este campo.

El ejemplo del ángulo agudo en un semi-rural centro comercial (imagen, metonimia o ejercicio de semiótica del espacio urbano, que todas esas cosas es) proviene auténticamente de la Ciudad de México; no es una instancia creada por el investigador en su escritorio (a la manera de Chomsky). Y sí procura ser una analogía con ciertos asuntos (que no problemas) del estudio del lenguaje. Su utilidad primaria reside en que confronta al observador con una extrañeza radical, no del todo diferente de la que exhiben los datos lingüísticos. Al igual que ellos,

la esquina requiere, en primer lugar, ser admitida como existente; reconocida (casi) fenomenológicamente como algo que está allí; ni modo. De parecida manera a la evidencia del lenguaje, del discurso verbal (que sugiero aceptemos en breve y de ahora en más como un sistema semiótico), el contexto inmediato de ocurrencia de un hecho, su entorno, en sentido lingüístico y ambiental (*environment*) y asimismo arquitectónico, ha de ofrecer algunas pistas para su comprensión, inicial siquiera.

Esta primera utilidad de la rara esquina del centro comercial se vincula con la obligada no-normalización de los datos antes del análisis en sentido propio, como bien señalas. Sin embargo, creo que ése es hoy un debate obsoleto; el impresionante desarrollo de la semiótica social (Hodge & Kress, 1988), de la pragmática (Verschueren, 2002) y de otras líneas de análisis de discurso, junto con los nuevos recursos tecnológicos para registrar y observar los complejos efectos de la simultaneidad de diferentes códigos (*cf.* Williamson), han establecido ya fuera de duda que los anhelos de total (e indeseable, además de imposible) objetividad científica que motivaron a los franceses en torno a Michel Pecheux (otro nombre en este campo que evoco con gratitud) y que prescribían tal normalización (reducción, de hecho) no deben preocuparnos ya.

Hay otras lecciones agazapadas en la esquina, que también mencionas. Por ejemplo, la conveniencia de que el analista se coloque, ante su material, en una posición que combina la docilidad ante lo real y la extrañeza profunda (cultivada, a la manera de los formalistas rusos, en la extensión completa del análisis) frente a todo cuanto está allí, al alcance de una mirada que a su vez se despliega sin remedio desde ciertas coordenadas espacio-temporales y no otras. Asimismo, ejemplifica la progresión ineludible que va desde los sistemas semióticos en uso (los actos o productos semióticos podríamos decir) hacia la vida social y material en la que ocurren y que les da sustento y sentido/s. Este último tópico no deja de producir sobresaltos en las prácticas lingüísticas. La añeja y saludable costumbre de establecer planos, niveles y unidades de análisis en el tratamiento de los hechos verbales (práctica utilísima cuyo abandono no aconsejo, para nada) debe también saber ser “ciega a las fronteras”, como alguna vez dijiste que era mi práctica en análisis de discurso. Lograr en ciertas fases de trabajo esa ceguera selectiva no es fácil empresa, aunque sí es realizable.

La esquina urbana evoca asimismo el temible fenómeno de los puntos ciegos del análisis, que pueden ser inducidos por la propia morfología y sustancia del

*corpus*, por la materia de éste y sus linderos, que son siempre establecidos por el propio analista. Creo que es claro que pienso que tales esquinas, los lugares donde el analista deja de ver y, peor aún, no se percata de que eso ha sucedido, son inconvenientes, no sólo inquietantes. Empero, me/te pregunto, y con ello concluyo este turno, ¿es acaso posible que un análisis no tenga esquinas (así concebidas)? Porque, y esto no es del todo una provocación, la única forma que está por entero exenta de ángulos o esquinas es, en un solo plano, el círculo. En tercera dimensión es la esfera. Pero, ¿acaso esa redondez constituye una meta razonable? Pudiera tornarse en el arcaico símbolo de la serpiente que come su propia cola ... la tan temida circularidad de los argumentos. ¿Cuál es el llamado justo medio?

#### 4. (BH)

Las provocaciones implican más energía y menos control que las preguntas sobre la trayectoria de un diálogo; pero, claro, podemos usar ambas. Y el tema de la circularidad, inclusive concebida como algo negativo, es muy interesante.

¿Qué tiene de tan amenazador un argumento circular, y para quién? Como contraejemplo, vuelvo a la pregunta con la que empezamos, que describe, sí, un movimiento circular pero no cierra el círculo porque no estamos ya en el mismo sitio. Ni eso sería posible, porque ese lugar ya se ha transformado por virtud de nuestro camino hacia él. Inclusive, espero que regresemos allí más de una vez, porque es una pregunta interesante y compleja, que será distinta y más sugerente cada vez que la revisitemos. Me imagino que si trasladáramos a un mapa la geometría de nuestro viaje cuando esté concluido, su forma sería la de una onda, una ola, algo natural y dinámico, que es curvo y no angular, y que se mueve muy bien, con su correspondiente complejidad y riqueza.

Quiero celebrar los círculos y las esferas, porque en la cultura tradicional de los aborígenes australianos, los círculos son uno de los dos grandes principios cosmológicos. Representan el hogar, la contención, la estasis, el nacimiento y la muerte: el principio femenino, que puede mostrarse también por medio de líneas curvas, para el agua, y las espirales. El otro gran principio es la línea, que representa lo masculino, el movimiento y los viajes. Tales significados y su geometría se encuentran también en muchas culturas antiguas, inclusive en Mesoamérica, y en las matemáticas neoplatónicas.

**5. (TC)**

Sólo una breve interrupción (*ex post* y aceptada por BH) para añadir algo. Leí, a propósito de la obra plástica de Miguel Covarrubias en Bali que, al parecer, las líneas rectas son en la cultura de los habitantes de la isla el camino ideal, perfecto, para los malos espíritus o demonios locales. De allí emanaría, entre otras causas, la peculiar belleza de esa arquitectura doméstica, que Covarrubias ilustra con admirable y amorosa maestría: plena de líneas curvas, y hasta con los *porches* de acceso al jardín deliberadamente fuera de alineación con respecto a la puerta de entrada a la casa.

**6. (BH)**

Las interrupciones, como sabes, son muy reveladoras en muchas formas discursivas (las has estudiado en el discurso parlamentario), y sería una falla en el tipo de diálogo que estamos explorando que éste no admitiera fenómenos de esa índole. Además, es oportuno que tu interrupción sea breve, casi una línea, con energía y productividad en el salto que evoca otra cultura en la que también actúa la dinámica de líneas y círculos.

Volviendo al mundo lineal de la modernidad, pienso que son muchos los peligros que pueden surgir de una linealidad no constreñida, tanto en la vida académica (en México y Australia) como en la interacción social. Me fijé que en tu presentación de los absurdos que emanaban del criterio de planeación usado en ese centro comercial vernáculo, el rasgo anómalo no se hubiera manifestado si los constructores hubieran rodeado la esquina con una curva. Podemos tomar eso como una especie de alegoría sobre los riesgos de la linealidad: dado un principio, por inocente y bueno que parezca al inicio, si se lo aplica y extiende con total racionalidad, sin desviación ninguna, producirá absurdos e irracionalidades, exactamente lo opuesto de lo que parecía prometer su carácter esencial. Ése es un problema de las teorías “racionales” (positivistas, lineales) y de sus prescripciones metodológicas en lingüística y ciencias sociales y humanas. Lo que al inicio suena como una instrucción simple y clara para la formación de un *corpus* y su consiguiente análisis, suele desembocar en un espacio apretado, en el que ni los expertos mismos pueden vivir.

Pero una forma circular también ocasiona esta dificultad, porque el segmento de un arco puede subtender un ángulo agudo que ocupa menos y menos espacio a medida que se aproxima al centro. De modo que las condiciones del pensamien-

to, diría, son necesariamente una dinámica entre línea y círculo. Si este dato básico acerca del pensamiento se niega (como desafortunadamente ocurre en las tradiciones de análisis que aún son dominantes en lingüística en cuanto a la construcción del *corpus*), el resultado puede ser una estrechez asfixiante, mortal de hecho. Por el contrario, el nombre de esta revista, *lingüística aplicada*, recoge el sentido de una esfera circundante de la vida, un campo de aplicaciones que pueden salvar a la lingüística del lecho de Procusto y, por el contrario, pueden estimular a los investigadores a que eliminen las esquinas, a que “redondeen” los asuntos en maneras que los lingüistas lineales desaprobarán sin duda, pero que pueden al menos conservar cierto espacio explicativo. Allí, los problemas de la vida real pueden aún vivir y ser atendidos, con base en una tenue distinción entre lenguaje y contexto, como sucede en el análisis de discurso.

Crucial es aquí la idea de una dialéctica,<sup>2</sup> un movimiento en zigzag, una sucesión de ángulos con ímpetu, y asimismo una forma de onda que, si usa toda su potencia de movimiento, se vuelve una espiral. Pienso en la dialéctica de Hegel, sin necesidad de ángulos agudos, y también en este diálogo que, espero, pueda tener los rasgos de una dialéctica productiva. Para Hegel, la dialéctica era una macropropiedad del pensamiento, con Dios y el siglo reflejando el pensamiento humano; para Marx era especialmente una dinámica entre grandes agregados sociales. Lo que estoy proponiendo es una idea común a cada nivel de interacción, incluyendo el tipo de debate que llevamos, y el debate que cada uno de nosotros sostiene en su interior, que no es lo mismo que esta interacción, aunque la afecta y es afectado por ella.

Me preocupa ser demasiado abstracto, de modo que “haré tierra” en algunas de las cosas que llevas dichas. Quisiera volver al comienzo de este turno (un círculo dentro de otro círculo mayor), y romper el protocolo de la conversación con una cita exacta. Me acojo aquí al principio de literalidad que tú has formulado (Carbó, 1989) y según el cual lo dicho, dicho está. Dijiste en el turno 2: “Ciertamente considero que el asunto del *corpus* se teje inseparablemente con el tema del análisis. Más aún: estoy convencida de que la construcción del *corpus* es en sí una fase inicial del análisis, al tiempo que es también un efecto del análisis”.

<sup>2</sup> El magnífico vocabulario mínimo de Raymond Williams (1976) sobre la cultura y la sociedad viene a punto, como siempre. Acerca de la *dialektike*, señala: “el arte de la discusión y el debate; de allí, por derivación, la investigación de la verdad por medio de la discusión” (p. 91).

Subrayo en primer lugar el uso de la metáfora del tejido, una imagen que has usado (“Cuando leer es hacer”, Carbó, 1984) y que sé te es cara. Con ella indicas aquí la inseparabilidad de *corpus* y análisis. Veo allí una concepción circular. Después, te mueves hacia el “más”: una concepción dialéctica de esa relación; “aún” difumina el grado en el que ésta es otra toma, diferente. No te estoy criticando; por el contrario: encuentro muy bello ese movimiento grácil y no enfático entre aparentes opuestos. Lejos de querer que seas consistente de manera lineal, busco tus contradicciones, que son tan numerosas y vienen desde tantos ángulos (el tema de las esquinas otra vez) que forman un espacio, con numerosas facetas y posibilidades, no una cuerda estrecha y larga.

En una cierta lectura, se diría que estás formulando una dialéctica entre el *corpus* (su construcción) y el análisis. Pero desde otro ángulo parecería que la especificidad del *corpus* se desvanece casi, de manera que ésta ya no sería tanto una dialéctica entre *corpus* y análisis cuanto una dialéctica dentro del propio análisis. Ello dejaría el *corpus* en un mismo lugar al principio y al final de esta secuencia (un concepto circular), aunque desde una perspectiva que se interesa en el movimiento y sus consecuencias. El *corpus* que es la fase inicial del análisis será muy diferente, en contenido y forma, del *corpus* que es producido después, y sometido a ulterior análisis.

Esto cristaliza en mí una sensación de inquietud que tengo acerca del término *corpus*, lo cual representa un auténtico problema, porque es el concepto que organiza este volumen y nuestro propio diálogo.

El *corpus A*, según tu esquema, parece ser el sitio de una lucha mental y un compromiso social y político; el cuerpo de la vida, el cuerpo del mundo; algo complejo y móvil, atravesado por tantas conexiones que el desarmarlo en partes nítidas equivale a “herirlo”, según la frase poderosa que usas como título para tu meditación sobre el *corpus* (Carbó, 2001b). Sin embargo, el *corpus B*, el efecto de este ingente esfuerzo analítico, parece algo mucho más pulcro, seguro, fácil de trabajar. Para muchas personas el *corpus B* es el significado mismo de la expresión. Bien sé que para ti no es así, pero corres el riesgo de ser malinterpretada. El *corpus A*, para esos otros, es algo que queda por entero afuera de la investigación, más allá de sus metas, tan lejano que no merece siquiera ser mencionado.

Me percato también de que hasta ahora, habiendo usado más el término de análisis que el *corpus*, no te has referido a tu concepción de la lectura-como-análisis, tal como la sintetizaste hace unos años (Carbó, 2001a). Veo tu concepto

de lectura como el tipo de término espacioso y amplio (“redondo”, en este diálogo) que puede dar lugar a muchas contradicciones y resultar, por lo mismo, inagotablemente generador; creo que ésa es la forma de conceptos que se necesitan para hacer un buen trabajo en materia de investigación. Introduciré aquí las respectivas etimologías de lectura y *reading* en inglés y en español, que encuentro fascinantes: estructuras complejas y convergentes que también se expanden, llenas de sugerencias. En inglés, pasando por inglés antiguo como *raedan*, la palabra proviene de una raíz latina: *ratus* y *ratio*, razón y cálculo. En español viene del griego, *logos*, que reúne palabra y pensamiento en un solo proceso. Ambas pueden verse contenidas en tu manejo de la lectura como método en análisis de discurso.

He excedido ampliamente mi turno, de modo que concluiré con una pregunta, un anzuelo. ¿Cómo situas tu teoría del *corpus* en relación con tu concepto de lectura-como-análisis? O, para hacer esta pregunta un poco menos angulosa y usar tus propios términos, ¿cómo re-leerías ahora tus conceptos claves de análisis, *corpus* y lectura, a la luz de lo que ambos hemos leído en los artículos que nos preceden en este volumen?

## 7. (TC)

Por el momento, no responderé a esa pregunta; es decir, no tragaré el anunciado anzuelo, aunque sí lo haré un poco más adelante.

Admitiré (y eso es divertido) que yo tenía en reserva la figura de la espiral para indicar el tipo de recorrido o movimiento que va siguiendo (o construyendo) la mirada del analista sobre un *corpus* ya formado (y no, no voy a abandonar el concepto de *corpus* pues no es del todo coextensivo con el de análisis, aunque se vinculan íntimamente). En realidad, la espiral es una figura que ya he usado en un trabajo anterior (el de la lectura, que mencionas) porque describe bien un avance que no es sólo lineal, y que permite volver sobre los mismos o parecidos fenómenos desde colocaciones diferentes, las cuales forman parte, no obstante, de una misma arquitectura de inteligibilidad.

En cierto modo, el movimiento en espiral salva al analista de la experiencia terrible que viven los niños Hansel y Gretel en el relato infantil. El de ellos es un avance lineal, forzado hacia una meta única (la horrenda jaula donde la bruja los engordará para comérselos), y que sólo puede dejar tras de sí pequeñas señales de (¿esperanzado?) retorno. En el cuento, las señales (migajas de pan) son esencial-

mente efímeras y allí reside lo trágico (los pajaritos del bosque las comen). En el caso del movimiento analítico *intra-corpus*, el recurso a esas señales discretas (inclusive menos fugaces), lo que algunos llaman “huellas” o “rastros” de lo social o lo histórico en el discurso, me parece muestra de una distinción innecesaria entre la dinámica de ámbitos significantes que, aunque se realizan en sustancias materiales diferentes, están íntimamente relacionados e integran un mismo funcionamiento semiótico, que es continuo aunque complejo, claro está. Éste es el problema de las fronteras como discontinuidades. Las bondades de un *corpus* construido por medio de un proceso de trabajo deliberadamente *boundaries-blind*, como el que describo en el artículo referido (2001a), es que proporciona al analista la solidez de una estructura, con distintos puntos de vista (“miradores cognoscitivos”, los llamé) que están incorporados a la misma, a la manera de los remates de los andamios en una obra arquitectónica.

Hablando de arquitectura, que es una pasión en mí y a cuyo estudio en cierto modo he comenzado a dedicarme, no fue casual que en la descripción conjetural de otras soluciones para la planta del citado centro comercial hiciera yo referencia a la posibilidad de una línea curva. Recuerdo haber leído alguna vez que la línea recta no es necesariamente el camino más corto entre dos puntos.

Y aquí, la parte sustantiva de mi turno porque, como dices, las intervenciones tienden a hacerse cada vez más largas. En verdad, las que crecen son las tuyas, y eso en sí no es mala idea; más bien, me mantiene en concentrada y absorta curiosidad. Lo que has ido respondiendo son casi bocetos de pequeños ensayos, asociados al que sea ya el tema del que estamos hablando a esta altura del diálogo. Pero no sé bien cómo ese tipo de réplicas se relaciona con un concepto que he tenido *in mente* desde el principio, y que mencionaré ahora, antes de que tú lo introduzcas. Me refiero al concepto de *metálogo*, tal como lo elabora y practica Gregory Bateson (1972: 3-58). Reproduciré la definición que él da de su innovación cognoscitiva:

*A metalogue is a conversation about some problematic subject. This conversation should be such that not only do the participants discuss the problem but the structure of the conversation as a whole is also relevant to the same subject. Only some of the conversations presented here achieve this format (op. cit., p. 1).*

El título-pregunta que escogí para este diálogo es sin duda una evocación y una suerte de callado homenaje a ese autor deslumbrante, que tú me hiciste conocer y que, como suelo decir a los estudiantes, educa directamente el cerebro. Esa pregunta es también, y me interesa subrayarlo, la que “solita” se formuló en mi cabeza mientras observaba el tal centro comercial. Reproduzco aquí los títulos de los metálogos de Bateson para no esconder hasta qué punto, en mi caso al menos, es verdadero que sus teorías transforman la manera de pensar de las personas comunes y corrientes. Ellos son: *Why do things get in a muddle?*, *Why do Frenchmen?*, *About games and being serious*, *How much do you know?*, *Why do things have outlines?*, *Why a swan?*, *What is an instinct?*

De modo que mi pregunta es: ¿será que este diálogo aspira a ser un “metálogo”? ¿o que puede llegar a serlo? (cosa que sólo se sabrá al final del intercambio, me temo). Y ¿de qué manera el concepto de metálogo guarda —o guardaría— relación con los asuntos del *corpus*, el análisis, los rincones y el anhelo de la esfera? Esa última forma, y su promesa de no esconder sobresaltos como los que pueden brincar sobre una desde cualquier esquina, evoca me parece el útero materno, una extraña figura para hablar de investigación, etiquetada como científica, por añadidura. Su turno, querido profesor.

### 8. (BH)

Sí, desde hace años soy un admirador de Bateson, y siempre me beneficio de la relectura de sus obras. Veamos juntos hasta qué punto estamos ya comprometidos, inclusive sin saberlo, en un metálogo, y qué podríamos hacer para volverlo más definidamente tal cosa (o menos, si eso decidiéramos), sin perder de vista en ningún momento que este intercambio se propone ser útil para la comunidad de *ELA* y más allá: para los académicos, jóvenes o no, que desean hacer buenos trabajos en el vasto campo del lenguaje y la configuración social de la significación.

Para ayudarnos a pensar sobre este objeto que crece y crece a medida que escribimos (¿hablamos?), quiero confesar a nuestros lectores algo que nosotros sabemos muy bien: que lo que están leyendo es, en cierto modo, un texto artificial. No hemos incorporado en él otro diálogo circundante, más informal y multimodal, en el sentido de Kress y Van Leeuwen (2001), que hemos sostenido en correo electrónico y también por teléfono, ocasiones en las que hemos reflexionado, en forma más efímera, sobre lo que estábamos haciendo o podíamos hacer.

Interpreto esos contactos como las migajas de pan de Hansel y Gretel, que nos guían a medida que avanzamos (no a nuestros imaginarios salvadores). Sin embargo, desaparecen al instante por obra de los “pajaritos” de la linealidad, que presiden las convenciones del discurso público (que de todos modos no estamos cumpliendo). No obstante, sin la “obra negra” (otra metáfora arquitectónica a la que acudes) de la meta-comunicación no podríamos haber viajado tan lejos tan seguros, en confiado contacto con nuestros recíprocos pensamientos. En la medida en la que hemos sentido la obligación de eliminar esa otra comunicación, nos privamos de una veta esencial de nuestro diálogo, lo que Jakobson llama la función fática y que Bateson analizó también en cuestiones de salud mental. En sus trabajos sobre esquizofrenia encontró que sin comunicación acerca de la comunicación, las personas, lisa y llanamente, enloquecen. Por eso creo que debemos siempre respetar nuestras migajas de pan.

Siguiendo con Bateson, encuentro sugerida en algunos de sus conceptos la idea de fractalidad, hemosamente desarrollada por Mandelbrot (1977). Una serie fractal se mueve regularmente de un nivel a otro, creando un efecto de auto-similaridad por medio de la repetición no idéntica de una misma pauta en cada nivel (no se trata de una forma geométrica regular sino irregular, aunque del tipo de irregularidad que producen la naturaleza y los seres humanos). Una consecuencia de esta teoría es que cualquiera de los niveles, inclusive los más pequeños, son equivalentes en complejidad a los niveles superiores, que son normalmente reconocidos como más complejos e importantes.

El contraste es claro con lo que he estado llamando las teorías lineales, que son, en buena parte, una sintética “figuración” polémica, aunque muchas de ellas son reales y gozan de buena salud y mejor reputación en el medio académico. Lo que en una teoría lineal normal es tan pequeño y aberrante que puede ignorarse fácilmente, o inclusive eliminarse del *corpus*, en la teoría de la fractalidad resulta un objeto particularmente apropiado para un escrutinio intenso, para un análisis tan cercano y extenso como el que se aplica a cualquiera de los otros componentes del *corpus*.

Ésta es, creo, una manera útil de pensar lo que presentaste como un dilema básico en la construcción de un *corpus*: cómo encontrar un equilibrio entre demasiado y demasiado poco. Un enfoque lineal sostendría que ese equilibrio debe existir, que puede describirse y hasta enseñarse, para ser luego hallado en cada caso. Los autores en este número, que se han enfrentado a problemas reales,

no gozan de tal equilibrio sencillo, y cada uno lo encontró en lugares diferentes, como debe ser. De todos modos, es útil que el *corpus* tenga una estructura fractal, en movimiento entre lo que antes llamé *corpus A* y *corpus B*, aunque debería llamarlo un conjunto fractal de *corpora*, que se mueve entre el *corpus A* y el *corpus N*, con el añadido de que el *corpus A*, el punto de partida, puede ser o bien lo muy grande o bien lo muy pequeño, y que el movimiento analítico puede orientarse en cualquiera de las dos direcciones.

Sin embargo, el principio fractal no es una simple máquina que reemplace el trabajo perseverante y la atención informada de los analistas. Una serie fractal es un conjunto especial de pautas autosimilares en diferentes niveles, que pueden no conformarse a este principio. Cada paso de una serie fractal precisa ser descubierto por los propios investigadores, que observan un nivel dado en pos de los signos y las señales de tales ordenamientos.

El concepto de metálogo de Bateson, por su parte, incluye muchas cosas de interés. No hay sólo una relación entre el nivel más elevado del discurso en su conjunto (el tema del metálogo, diríamos) y cada elemento en los turnos o movimientos que lo integran, sino que existe una conciencia de esa relación, que está alerta en la construcción discursiva.

Veo aquí una geometría similar, en forma y efecto, a la idea de Jakobson de la función poética, que proyecta el principio de equivalencia del eje de la selección sobre el eje de la combinación. Parafraseando a Jakobson, una investigadora que actúa también como poeta (algo que él no descartaría) encontrará, o diseñará, las configuraciones que organizan su *corpus* en una pauta dada; su sintaxis, en la acepción estricta y también en el sentido amplio en el que los elementos principales se reúnen, congregando en ese mismo movimiento las realidades, grandes y pequeñas, que rodean la situación y son en realidad también parte de ella.

El texto que hemos producido hasta ahora ya es en realidad un *corpus*, y no pequeño. Cada uno de sus turnos es lo bastante complejo como para merecer un análisis detallado. Empero, cada unidad mínima de un diálogo ha de ser dialógica; eso significa, quisiera subrayar, que son turnos, propiamente, y no intervenciones aisladas. De lo contrario, la complejidad del análisis nunca se vinculará con el carácter dialógico de todos los niveles de la composición. Reflexionando sobre nuestro caso, sugeriría, como ya lo has hecho en una migaja de pan, que la construcción de un *corpus* y el *corpus* mismo son en sí un sitio para el diálogo, constituidos para el diálogo y por medio de este mismo. Si podemos ver esta

cualidad en nuestro propio texto, como un rasgo del texto y como un tema con el que hemos estado bregando, entonces por definición lo hemos convertido en un metálogo. Pero aun sin esta conciencia explícita, diría, ya era un metálogo.

Por fortuna no me comprometí a hacer este turno breve y conciso, como era mi intención. Son muchas las fuerzas que nos desvían de nuestros propósitos iniciales, pero siento aguda ansiedad porque logremos tratar los asuntos básicos de nuestro metálogo, mientras aún tenemos posibilidad de hacerlo. ¿La tenemos? El espacio disponible ha resultado más pequeño y anguloso de lo que me imaginaba. De modo que: ¿puedo hacerte de nuevo la pregunta que te formulé hace no sé cuántos turnos y que graciosamente postpusiste?

### 9. (TC)

Muchas gracias. Habré de contestar en este punto, sin que ello implique una admisión de que antes me he escabullido. Originalmente, recordarás, mi propuesta fue que yo te entrevistaría a ti, a lo que te negaste en redondo (es gracioso cómo la expresión lexicalizada adquiere, en este contexto, un nuevo sentido). Propusiste en cambio un diálogo, que es lo que hemos (más o menos) sostenido. Cabe pensar que mi obstinada cabeza conservó algunos rasgos de esa idea inicial, y que por ello, entre otras razones, he procurado (con algún sigilo, no lo negaré) que hables con largueza y desarrolles tus ideas y conocimientos ante mis anzuelos o provocaciones.

Bien, diré en primer lugar que la discusión sobre el tema del *corpus* es un debate que ya hemos tenido, y con respecto al cual nos quedó claro que hay una serie de aspectos en los que no estamos de acuerdo. Es quizás por eso, pienso ahora, que en la pregunta-título usé el término análisis y no *corpus*. No lo sé. Sí será útil, creo, que mencione algunos datos de ese desacuerdo lejano que consigné en la tesis que aprobaste (Carbó, 1996: 43-9), y que parece estar aún vigente. El debate se desarrolló mientras yo elaboraba ese trabajo con tu dirección experta y “libertaria”. En ese marco, critiqué la ausencia de criterios explícitos en la selección de sus materiales por parte de los lingüistas críticos en la obra fundacional del grupo (Hodge & Kress, 1993). Respondiste que en ese libro se habían propuesto como meta primordial hacer una exposición sistemática de ciertas formas lingüísticas, sin que ello implicara que daban por descontados los contextos históricos de ocurrencia de tales materiales. Ésa es en efecto la estructura del libro, y por ello es tan útil: porque muestra, de manera virtuosa, nuevas formas de

tratar (¿de leer?) numerosas estructuras sintácticas muy conocidas: oraciones pasivas que “pierden” el sujeto activo, la modalización, las oraciones ecuativas y atributivas, los tiempos verbales, género, negación, cuantificación y otras

Sin embargo, la explicitación de por qué se toman ciertos materiales y no otros no me parece un asunto incidental; no al menos en análisis de discurso que no es igual a la lingüística crítica, aunque animan a ambas empresas parecidos propósitos. Subrayo el carácter eminentemente teórico del tema del *corpus* en Michel Pecheux, creador del análisis automático de discurso (cuya base lingüística fue el enfoque distribucional de Zellig Harris, muy poco apropiado para lo que intentaban), y a la centralidad del objeto de investigación en la obra de ese grupo, que se propuso diseñar y poner en práctica una crítica “científica” de la dimensión verbal con la que los aparatos de dominación de una sociedad dividida en clases confrontadas ejercen su invisible sujeción. Ese anhelo es hoy tachado de ingenuo, y quizás lo fue pero, y hablo sólo desde mí, la crítica del poder, que juzgo imprescindible, precisa hacerse de la manera más sólida posible, ofreciendo mínimos flancos a un escepticismo generalizado que, sin embargo, no se distrae ni un minuto con respecto a los lugares donde se cultiva la resistencia. El *corpus* me parece esencial para ello.

En el marco de la lingüística, es claro que una exposición rigurosa, como la que tú y Kress hacen en *Language as ideology*, de las funciones pragmáticas o interaccionales (dentro de un marco concebido siempre en asimetría) de numerosas estructuras sintácticas que habían sido hasta entonces analizadas sólo en su interna configuración dentro del sistema lingüístico, fue y sigue siendo una de las obras más inspiradoras que conozco en el espacio de una vocación crítica del lenguaje y del estudio pormenorizado de sus usos. Por su parte, el análisis francés de discurso enfocó su escrutinio (e impulso demoledor) en el funcionamiento de las instituciones de dominación supraindividual, en el marco de una teoría explícita de la historia y de la sociedad (el materialismo histórico, en su caso). El tema de la teoría en cuyo horizonte ocurre el análisis particularizado es, por cierto, mi otra objeción a la lingüística crítica: lo que veo como su carencia de respaldo en una teoría social vasta y fuerte, cuya incumbencia sea más extensa y más material, si puedo usar esta expresión, que una teoría general de la semiosis humana, como la esbozó de magistral manera el “lingüista” (como tú entrecomillas a Jakobson) M.A.K. Halliday, un pensador de impresionante riqueza.

Observando esos dos proyectos críticos, y ante el uso de Zellig Harris como fuente lingüística en el análisis francés de discurso (la más importante causa de los puntos ciegos, esquinas, donde ese grupo acabó llegando), destaca mucho más la originalidad con la que *Language as ideology* leyó, desconstruyó y usó la lingüística en habla inglesa más novedosa de su tiempo, desde una mirada expresamente desalineada (bizca, en sentido positivo) que, como se dice en México, con un ojo al gato y otro al garabato, hacía lingüística a la par que crítica de la desigualdad. Por añadidura, cada capítulo concluye con una presentación detallada de sus fuentes teóricas y del contexto intelectual de producción de los conceptos que se habían usado en cada caso, práctica de “transparencia” (una palabra de moda hoy) y generosidad formativa que yo no había leído antes ni he visto después.

Entiendo que mi posición ante la conformación del *corpus* se inspira en el análisis francés de discurso, en tanto que para las formas de su análisis comparto la pasión sintáctica de la lingüística crítica. Ese amor a la sintaxis me lo enseñó Jakobson, pero en muchas conversaciones tú lo volviste más complejo y amplio. Recuerdo un texto tuyo, que no logro hallar ahorita, donde por medio de algunas etimologías (¡siempre!) veías en mis tempranos esfuerzos sobre lectura y sintaxis una serie de implicaciones semióticas que después he podido reflexionar (lo de las fronteras, por ejemplo). Actualmente encuentro muy interesante el desarrollo de la multimodalidad de Van Leeuwen y Kress que citaste en el turno anterior y que abreva en la semiótica social de Hodge y Kress (1988) y, de nueva cuenta, en la obra de Halliday. No obstante, en honor a los clásicos, recordaré que la (conveniencia de la) observación de los efectos de significación que se suscitan en virtud del uso de varios códigos comunicativos diferentes en un texto, que es uno de los núcleos de la multimodalidad, ya había sido formulada por Jakobson hace décadas. Lo que este desarrollo actual tiene de valioso, me parece, es que presenta muestras concretas de análisis y tratamiento de esa complejidad, rasgo que no sé si te parecerá una virtud, dado tu entusiasmo (y el mío) por el desarrollo de métodos originales.

## 10. (BH)

Me alegra que hayas introducido, abiertamente como lo haces, esa nota de desacuerdo básico en un diálogo entre dos personas que se respetan tanto como lo hacemos nosotros.

No me propongo defender mi trabajo anterior, porque en el minuto en que las posiciones de habla se colocan a la defensiva la verdad sale volando por la ventana. Además, ello extinguiría el interés que los lectores pueden tener en este ejercicio. Quiero, sí, destacar la dificultad casi intratable de los asuntos que has formulado en este debate, tan intratables que, voy a sostener, no son posiciones que nos dividan a ti y a mí, sino dilemas que nos fisuran a ambos, de maneras distintas, según líneas de desdoblamiento que son diferentes también (y cambiantes). Es muy probable que algo parecido suceda con nuestros colegas, los lectores.

De modo que volveré a *Language as ideology* en este ánimo y a la luz de tus comentarios. En primer lugar, el tema de este metálogo, el asunto del *corpus*. Es verdad que he desechado retóricamente a veces el valor central que tú asignas a ese tema. Pero el subtexto, que precisa introducirse aquí, so pena de confusión grave, es que me resisto sólo a una cierta teoría lineal de lo que un *corpus* debe ser. Además ese libro tuvo, desde luego, su propio *corpus*, y se basó por completo en él. Lo que sí no fue el *corpus* es una suma simple de oraciones tomadas del sistema lingüístico en abstracto. Fue un conjunto de elementos que eran, mínimamente, hechos de lengua, incluidos en sus respectivos contextos sociales. Nos basábamos en un postulado teórico, la premisa de Voloshinov de que la unidad mínima de análisis es la emisión, el enunciado. Es cierto, no obstante, que no dijimos eso de manera explícita, como tú hubieras esperado. Y estoy de acuerdo también en que si yo hubiera visto ese libro en esos términos, como un *corpus* de micro-eventos sociolingüísticos, mi análisis hubiera sido más legible, y lo hubiera expresado con más seguridad.

Veo tus requerimientos en este asunto, no como un desacuerdo entre nosotros sino como un dilema de difícil solución. Por supuesto, pienso que las bases teóricas deben explicitarse y lo hago, como señalas. Pero la exigencia de que toda la teoría debe ser expresa siempre resulta irrealizable en la práctica; en parte porque suele haber demasiado de ella ya asimilada y en uso, y, sobre todo, porque un pensamiento original no puede a veces mostrar cuáles son los cimientos en los que se ha basado. Esto aplica tanto a ti como a mí y a nuestros respectivos trabajos. La crítica que tú y otros han hecho a *Language as ideology*, en cuanto a su carencia de una teoría de lo social, ilustra en parte lo que está en juego y lo que trato de decir. Sí hay en ese libro algunos problemas de manejo de la teoría social que hoy veo con mucha claridad. Pero su núcleo teórico está anunciado en el título, y mi propia adhesión al materialismo histórico no está, ni estuvo nunca, en

duda. Sin embargo, en el contexto histórico en el que escribimos *Language as ideology*, exhibir esa bandera en el mástil de la empresa hubiera sido peligroso y limitante. Fue concebido y escrito durante la agonía final del Partido Laborista en Inglaterra, signo involuntario de la inminente llegada del Thatcherismo, coyuntura en la que una muestra de ultraizquierdismo hubiera sido contraproducente.

Volviendo al asunto de los materiales y su análisis, diré que la decisión de tomar como unidad mínima el enunciado y su contexto tiene implicaciones de mucho peso, especialmente para la construcción del saber especializado. Impone al analista una presión inmensa, que se incrementa en cada nivel, para ir comprendiendo, al mismo tiempo y con igual amplitud y profundidad, tanto el lenguaje como la sociedad. Es esa presión insoportable lo que lleva a algunas personas a ser lingüistas “puros”, porque de ese modo no necesitan conocimientos sobre lo social; de igual modo que los sociólogos “puros” pueden ignorar el lenguaje, por medio del cual actúan y son inteligibles todas las fuerzas sociales. Ambos, además, pueden ignorar la historia y sus claves. El precio de escoger una de las opciones es alto: las disciplinas así separadas, con sus respectivas preguntas orientadas directa y exclusivamente a sus *corpora* específicos, se vuelven menos y menos pertinentes ante el objeto complejo, no dividido, que es lo que realmente importa. El análisis de discurso se niega a hacer tal distinción pero, en algunas de sus formas, se arriesga a ser visto como superficial, desde un campo o el otro.

Ése es un dilema para el que no veo solución. Cada uno de nosotros dos trata de resolverlo provisionalmente de diferentes maneras, en distintas ocasiones. Ésta es la razón por la cual ambos portamos cierta inconsistencia en nuestras respectivas prácticas de investigación; y también por qué hay entre nosotros menos diferencias reales que las que sugieres. Esto que digo puede sonar un poco desalentador para los aprendices de análisis de discurso, pero es así como lo veo. La solución no reside, pienso, en buscar la verdad de uno u otro lado, sino en mantenernos siempre creativos y perseverantes en la búsqueda de conexiones locales que sean al mismo tiempo pertinentes y esclarecedoras, entre el lenguaje, la sociedad y la historia.

*Últimos turnos*<sup>3</sup>**11. (TC)**

Agradezco la ecuanimidad e interés de tu respuesta ante la intempestiva reaparición de mis objeciones a algunos rasgos de ese libro. Fui yo la primera sorprendida con esa emergencia, pero dejé que mi palabra siguiera su impulso y dirección. Después recordé el esquema con el que Pecheux (1978) establece las colocaciones recíprocas de los participantes en una situación de habla: lugares, posiciones, proyecciones, que consigna en forma de preguntas. Las que aplicarían en este caso son: ¿quién soy yo para hablarle así? y ¿quién es él para que yo le hable así? (p. 49).<sup>4</sup> Aquí sólo puedo decir que el tema de la escena, la situación en la que se producen los intercambios, en planos presentes y virtuales, reales e imaginarios, sigue tan ayuna de teorización como cuando Pecheux señaló su centralidad para la descripción de los hechos de discurso. Quizás con este juego del diálogo nos hemos comportado un poco como el aprendiz de brujo, ignorantes del tipo de fuerzas y emociones que la situación puede convocar y desatar.

En cuanto al *corpus*, y desde otro ángulo, pienso que insistiré. Creo que la práctica de explicitación y rigor a la que aludo en cuanto a la integración del *corpus* tiene impactos de extrema importancia en la índole del objeto de trabajo y, sobre todo, en la posibilidad de que su estudio ofrezca resultados duraderos en la lingüística y más allá: en el espacio de la historia, allí incluida por supuesto la de la lengua misma. En este asunto, me inspiro en Émile Benveniste (1976) y el tema de la responsabilidad descriptiva que él asigna a la lingüística ante lo real: las lenguas de este mundo.

El tipo de análisis de discurso que preconizo y ejerzo, y cuyas herramientas de trabajo, su disposición, mirada, escucha, descomposición y análisis, en suma, se centran en lo verbal, reclama una filiación con la lingüística (particularmente la descriptiva). ¿Por qué? Porque un análisis de discurso que escruta un cuerpo amplio y sistemático (que no es sinónimo de “lineal”, en tu uso) de testimonios

<sup>3</sup> El plural de esta expresión es un juego, ciertamente, sobre esta escritura a dos voces, porque lo esencial del concepto de último turno, o última palabra, es su carácter de única (última) intervención en colocación final, la cual es por completo estratégica, trátese de discurso político (Hovland, 1974) o de una rencilla entre enamorados (Barthes, 1986: 117-8).

<sup>4</sup> Las otras dos, invirtiendo el punto de vista, serían las siguientes: ¿quién soy yo para que el/la me hable así? y ¿quién es el/la para que me hable así? (*idem*).

lingüísticos con usos históricamente documentados, que han sido seleccionados con base en una hipótesis expresa sobre la configuración y el desarrollo de un cierto caso histórico (que puede ser político, cultural, educativo u otros), ese análisis de discurso, digo, contribuye a la vez a la lingüística y a la historia.

La presentación de un corte transversal, una sincronía, permite avances en la descripción de un estado histórico de la lengua; muestra la lentitud de sus transformaciones, la lógica de su evolución desigual en los distintos niveles, sus cambios léxicos, sus configuraciones expresivas preferidas y tanto más. Hace ello, además, por medio de una comprensión que no es externa a lo verbal sino que ocurre desde adentro de la propia materia significativa, de la forma y el desarrollo histórico y concreto de algún proceso social que es pertinente para algún (sub)conjunto de nosotros, seres sociales. Éste sigue siendo mi punto de vista. Quizás porque en mi historia de vida, en mi exilio, se entretajan muy estrechamente el amor a la lengua y la experiencia de la historia, con sus variados y traumáticos accidentes (benéficos también, muchos).

Sobre la conformación de un *corpus*, sobre el camino que esa tarea suele seguir, creí que lo que llevo escrito y publicado al respecto era suficiente. Pensé que sumando lo que digo en tres trabajos (Carbó, 1996: 73-151; 2001a y 2001b), a cuya consulta invito sin fingido pudor a los lectores de este número de *ELA*, bastaba para que mi posición fuera comprensible. Por lo visto no lo es. Y me percaté de que no me he explicado bien en asuntos a los que asigno tanta importancia, por tu advertencia de que puedo ser malinterpretada (*cf.* turno 6), acto de habla que escucho, en una pragmática negativa, como la aseveración de que, con toda probabilidad, lo soy. Sobre todo, por tus lecturas, tentativas dices (aunque las dices; la literalidad, otra vez), de un *corpus A* y otro *B*, que se desprenderían de mis planteamientos, disyunción en la que no me reconozco en lo absoluto.

Puedo asegurar que en mi experiencia de investigación no percibo tal diferencia, ni la instauró ni la busco. Indisociables de una curiosidad un tanto estafalaria y de una mirada-escucha de perseverante extrañeza ante la infinita complejidad de los asuntos de significación y sentidos (alimentando de hecho esa desazón averiguadora), ejerzo (y recomiendo) las prácticas “científicas” que siguen, en una enumeración espontánea. A saber: la exigencia de esmero a lo largo de todo el proceso de trabajo;<sup>5</sup> el cuidado de los detalles; la uniformidad estricta

<sup>5</sup> Será quizás extraño acudir a Roland Barthes en apoyo de los procesos sistemáticos en la investigación. Sin embargo, él fue un trabajador intelectual muy cuidadoso (se hicieron famosos sus ficheros,

en los procedimientos analíticos que el propio investigador se ha impuesto a sí mismo como obligatorios para ciertas áreas, niveles o subconjuntos del *corpus*; la segmentación del material en unidades a la vez formales y funcionales, que ponen en movimiento al análisis mismo (operadores, Benveniste *dixit*) y no cortes aleatorios de fragmentos que pueden mostrar cualquier cosa; el apego amoroso a la fisonomía peculiar de los datos; su archivo esmerado de fácil acceso; el respeto a la integridad literal de los textos que testimonian los procesos discursivos, y muchas más que, en conjunto y mostradas de manera expresa al escrutinio experto y lego, pueden contribuir al aplomo informado y perspicaz que se necesita para que la crítica sea a la vez aguda y sólida.

¿Cómo se construye y analiza un *corpus* y qué relación guarda ello con lo que llamo la lectura-como-análisis? Es algo que no puedo presentar aquí, excedida como estoy en el tamaño de este turno. Diré sólo que el proceso suele iniciar en una especie de desasosiego, como el que me despertó la esquina del centrito comercial. Es la percepción, la vivencia imprecisa pero penetrante de algo que no acaba de “cuadrar”, en lingüística o en arquitectura. Acto seguido viene el alimentar esa perplejidad con toda la información posible. Eso equivale a leer y leer y más leer, y seguir leyendo, acerca del asunto. Para el caso: ¿qué se sabe sobre la auto-construcción en la periferia urbana de las grandes ciudades?, ¿cuál es el efecto de mostración de la llamada arquitectura especializada (centros comerciales, hospitales, cines, espacios deportivos, etcétera)?, ¿cuál es la ruta de trabajo de un constructor espontáneo?, ¿usa papel y lápiz o traza con una varita en el terreno? De ese modo el foco de la mirada empieza a aguzarse, para mayor beneficio del investigador (o el curioso). La indagación, la pesquisa se ha activado.

Confío haber explicado un poco este asunto de la desazón inicial, porque es evidente que no puedo seguir así con todo el curso del proceso. Subrayo, sí, que en el momento mismo de no entender, la lectura-como-método, de la que tanto me has instado a hablar, tema para el que otra vez remito a las referencias que aparecen al final de este texto; esa lectura, digo, ha comenzado ya. Desde el instante en el que la mirada o la escucha se han quedado por así decirlo detenidas, atrapadas en una interrogación que no logra aún formularse con precisión, esta-

de orden ejemplar). Reflexionando sobre sus maneras de hacer en el tema de la fotografía, él comenta lo siguiente: “¿Quién podía guiarme?// Desde el primer paso, el de la clasificación (pues es necesario clasificar, contrastar, si se quiere constituir un *corpus*) la Fotografía se escapa” (1990, p. 30).

mos leyendo y procurando entender. Nuestra alerta semiótica de seres vivos en contexto se ha puesto en actividad. Esto último es esencial; algo que yo intuía y que leí en Bateson con un efecto combinado de reconocimiento, pasmo y felicidad: somos seres de especie y así nos comportamos las más de las veces, inclusive cuando hacemos investigación. De nada sirve negar nuestra materia carnal: somos mamíferos, sociales, claro está, y vinculares; vivimos en marcos y entornos materiales y simbólicos que compartimos con nuestros congéneres. La comprensión útil y activa es en nuestra especie una vocación natural.<sup>6</sup> Es por eso, creo, que la curiosidad en verdad es una sola, aun sobre materiales de muy distinta índole. Es idéntico el afán de explicarse a una misma qué es lo que está allí sucediendo y muy parecidas son las vías disponibles para esa necesidad de desciframiento, de sosiego, siquiera momentáneo, de una extrañeza radical.

Estoy segura también de que mis curiosidades y las maneras de apaciguarlas no tienen nada de misterioso, o de peculiarmente “metodológico”. Es la misma de todos nosotros, investigadores, que hallamos para su satisfacción, tentativa siempre, iguales o parecidos caminos de salida del laberinto; por ejemplo, formando una hermosa espiral o una modesta escalera. Lo que importa es seguir vivos y mantenernos alertas al incesante mundo. Gracias.

## 12. (BH)

Responderé brevemente en este último turno, cuya densidad pragmática me es obvia e imponente. Quisiera concluir con una idea que me parece resume bien algunos asuntos importantes que aún están sin resolver entre nosotros, y en el interior de cada uno, como sugerí antes. Es el famoso principio de incertidumbre de Heisenberg, que sostiene y prueba matemáticamente (cosa que me encanta: las matemáticas y las ciencias “duras”, y que no veo que se opongan a la práctica de la interpretación) que en el universo cuántico (subatómico) es imposible alcanzar igual precisión y certeza acerca de la posición y el ímpetu (*momentum*) de una

<sup>6</sup> Están asimismo incluidos los sentimientos, que no se disocian de la mente, según sostiene y muestra también Bateson (1993), una obra memorable en la que mente y naturaleza (cuerpo) se imbrican en una necesaria unidad. Roland Barthes (1980, p. 52), por su parte, habla así de la subjetividad: “[...] siempre he tenido ganas de *argumentar* mis humores; no para justificarlos, y menos aún para llenar con mi individualidad el escenario del texto; sino al contrario, para ofrecer tal individualidad, para ofrendarla a una ciencia del sujeto, cuyo nombre importa poco con tal de que alcance (se dice pronto) una generalidad que no me reduzca ni me aplaste” (énfasis original).

partícula. Argumento, y no por analogía sino con base en evidencia empírica, que el mismo problema aplica al análisis del lenguaje, el discurso y la sociedad, y a los procesos de construcción de un *corpus*.

Cuanto más lineal y preciso un investigador intente ser, menos adecuada será su aprehensión de la potencia de las fuerzas involucradas y del flujo de los hechos. Eso implica, entre otras cosas y dentro de la pregunta-título de este diálogo, que aparecerán más esquinas y ángulos agudos en el análisis, en el diálogo y en el pensamiento, bloqueando la energía del deseo de saber, el impulso de recoger la realidad en sus inevitables fragmentos (pienso en los desechos que deja una tormenta, y que forman extrañas tramas caóticas). Cuanta más atención se preste a una sensación de flujo, más difícil será capturar y detener las formas en las que ésta se expresa. Empero, sin ese esfuerzo constante, toda forma, hermosa o tosca, se escapará. Ésta es una ley inexorable que explica por qué el análisis de discurso es tan intrínsecamente difícil. Explica también por qué nosotros dos no estaremos nunca lo bastante quietos como para alcanzar completo acuerdo o desacuerdo sobre algún tema; tampoco será así, me imagino, con quienes lean este diálogo. Ésa es asimismo la causa de que no intente yo explicar con exactitud qué significa este metálogo. Consiste en el viaje que fue, cuyas idas, giros, vueltas, recodos y hasta escapatorias precisan seguirse para comprenderse. Ello ha sido para mí un auténtico deleite, que a tu invitación debo. Ojalá este placer llegue también a los colegas de *ELA* para quienes este metálogo fue producido.

### 13. (TC)

Despejo algo del peso específico del último turno con mi agradecimiento a ti: por haber aceptado participar en este experimento en tiempos breves y apesurados; por haberlo hecho con erudición y gracia, y por haber entretejido (;otra vez!) lo mucho que sabes con una sincera voluntad de apoyo a quienes trabajamos en estos campos de la significación, ánimo generoso que me has brindado desde que nos conocimos. Hasta pronto.

(Traducción de las partes en inglés, edición y notas: Teresa Carbó)

## Bibliografía

- BARTHES, R. (1990). *La cámara lúcida (Nota sobre la fotografía)*. Barcelona: Paidós. Trad. de Joaquim Sala-Sanahuja [1980].
- (1986). *Fragmentos de un discurso amoroso*. México: Siglo XXI. Trad. de Eduardo Molina [1977].
- BATESON, G. (1993). *Espíritu y naturaleza*. Buenos Aires: Amorrortu Editores. Trad. de Leandro Wolfson [1979].
- (1972). *Steps to an ecology of mind*. Nueva York: Ballantine Books.
- BENVENISTE, É. (1976). *Problemas de lingüística general I*. México: Siglo XXI. Trad. de Juan Almela [1966].
- CARBÓ, T. (2002). Investigador y objeto: una extraña/da intimidad. *Iztapalapa 53, Análisis del discurso: teorías, métodos y áreas de estudio*, número monográfico editado por I. Fonte Zarábozo y L. Rodríguez Alfano, pp. 15-32.
- (2001a). Regarding reading: On a methodological approach. *Discourse and Society*, 12 (1): 59-89.
- (2001b). El cuerpo herido o la constitución del *corpus* en análisis de discurso. *Escritos 23, Revista del Centro de Ciencias del Lenguaje* (BUAP), pp. 17-47.
- (1996). *El discurso parlamentario mexicano entre 1920 y 1950 (Un estudio de caso en metodología de análisis de discurso)*. México: El Colegio de México/CIESAS.
- (1989). Acerca de la literalidad como fascinación. En M. Piccini (ed.). *La imagen del tejedor (Lenguajes y políticas de la comunicación)*, pp. 99-124. México/Barcelona: Gustavo Gilli.
- (1984). *Discurso político. Lectura y análisis*. México: CIESAS (Cuadernos de la Casa Chata, 105).
- HODGE, R. (1990). *Literature as discourse (Textual strategies in English and history)*. Cambridge: Polity Press.
- (1983). El nacimiento y la comunidad. En R. Fowler, R. Hodge, G. Jones, G. Kress y T. Trew. *Lenguaje y control*, pp. 235-46. México: FCE. Trad. de Valente Reyes [1979].
- HODGE, R. & G. KRESS (1993). *Language as ideology*. Londres/Nueva York: Routledge, 2a. edición [1979].
- (1988). *Social semiotics*. Cambridge: Polity Press.
- HODGE, R. & K. LOUIE (1998). *The politics of Chinese language and culture (The art of reading dragons)*. Londres/Nueva York: Routledge.

- HOVLAND, C. I. (1974). The role of primacy and recency effect in persuasive communication. En S. Himmelfarg, y A. Eagly (eds.). *Readings in attitude change*, pp. 262-74. Nueva York: Wiley & Sons.
- JAKOBSON, R. (1960) Closing statement: Linguistics and poetics. En T. Sebeok (ed.). *Style in language*, Cambridge, MASS: MIT Press.
- KRESS, G. & T. VAN LEEUWEN (2001). *Multimodal discourse. The modes and media of contemporary communication*. Londres: Arnold.
- MANDELBROT, B. (1977). *The fractal geometry of nature*. Nueva York: Freeman.
- PECHEUX, M. (1978). *Hacia un análisis automático del discurso*. Madrid: Gredos. Trad. de Manuel Alvar Ezquerro [1969 y 1975].
- VERSCHUEREN, J. (2002). *Para entender la pragmática*. Madrid: Gredos. Trad. de Elisa Baena y Marta Lacorte [1999].
- WILLIAMS, R. (1976). *Keywords (A vocabulary of culture and society)*. Glasgow: Fontana & Croom Helm.